



Queridos amigos:

Sigamos con nuestras reflexiones sobre el amor. Después de la última carta una amiga me decía que a este paso la siguiente podía tratar sobre el amor a los *yogures activia-bifidus desnatados*, pero no, este mes quisiera reflexionar con vosotros sobre el amor a la verdad y al bien.

Nada de filosofías, como a veces decís (¡esto es muy filosófico!). Se trata de algo muy concreto pues consiste en decidir si en nuestras opciones diarias al hablar con los demás, al actuar en medio de ellos, al juzgar sobre las cosas y las personas, al decidir una u otra cosa... nos dejamos llevar por lo bueno o por lo que nos beneficia solamente, si nos dejamos llevar por lo verdadero o por lo que se ve a primera vista.

Los humanos tenemos esa capacidad, que no tienen los animales, de vernos desde fuera de nosotros mismos, como en esas películas en las que uno ha muerto y su espíritu ve lo que está pasando en torno a él. Pues bien, nosotros de manera natural vemos lo que hacemos, lo que sentimos, lo que decidimos, y podemos analizarlo. Y este don de la vida nos sirve para ser libres. Pero ¿cómo utilizaremos esta libertad?

Yo creo que lo que nos hace más humanos, lo que nos hace más grandes, lo que nos hace dignos de ser mirados con confianza es decidarnos en cada situación y ante cada persona con verdad y bondad. Si vierais que alguien no lo hace, ¿confiaríais en él? Quizá solo si vosotros mismos os hubierais decidido también a vivir una vida en la que utilizarais la mentira y lo malo para beneficio propio. Cuando queremos justificarnos y sabemos que no podemos ¿no vamos a los que son iguales para que nos digan que no pasa nada? O ¿no contamos las cosas a medias...? Pero esto, ¿de qué nos vale realmente?

Demasiadas veces creemos que nuestras opiniones, nuestros sentimientos y nuestros juicios son verdaderos porque los tenemos, pero... somos tan fáciles de engañar y de engañarnos a nosotros mismos. Es necesario mirarnos y querer ser honestos cueste lo que cueste. Pensar lo que hacemos y decidir hacer, decir, pensar, sentir lo más verdadero, aunque a veces nos dé miedo. Así llegaremos a ser gente de honda humanidad y digna de crédito ante los demás.

Demasiadas veces creemos que somos el centro del universo (o vivimos como si lo fuéramos antes de decidirlo) y que el bien es simplemente nuestro bien. Pero ¿quién quiere estar al lado de alguien que solo piensa en él? Amar el bien es luchar por sacar de nosotros todo lo mejor que hay para ponerlo en la mesa del mundo a disposición de quien lo necesite, simplemente porque esto es bueno y ensancha la vida. Pero no esperando hacerlo en grandes gestos que quizá un día podamos realizar, sino ya, aquí y ahora, en las pequeñas cosas de la vida cotidiana.

La mayor parte de las veces la verdad y el bien no surgen de manera espontánea, necesitan un duro entrenamiento. Es verdad que es fácil ser bueno con los que lo son con nosotros, o vivir y decir la verdad cuando no hay nada en juego, pero aquí estoy hablando del amor a ellos en toda ocasión. La verdad y el bien se entregan solo a quien las ama, a quien las corteja con reflexión cotidiana, a quien busca con esfuerzo diario, con la fe en que podemos ser mucho mejores de lo que a veces nuestros pensamientos, palabras, acciones y omisiones dicen que somos.

Pero para esto se necesita creer. Creer que la verdad y la honestidad son siempre mejor que la mentira y el engaño, y que el bien es mejor que el mal, también cuando suponga renunciar a beneficios. Cristo con su honestidad y amor nos enseñó que Dios era la verdad y el bien y que nosotros podemos ser reflejo de su ser, aunque a veces haya que cargar con la cruz. Además su resurrección nos mostró que son la verdad y el bien la que tienen futuro.

Pero quizá esto os suene lejano. Por eso pensad simplemente si vuestro corazón no desea, por debajo del movimiento muchas veces desordenado de vuestras vidas, una existencia honesta y buena en vosotros, en quien os rodee y en el Dios que os acompañe.

Recibid, como siempre, mi saludo y mi oración. Paco.